

MIEDO, CONTROL Y DISUASIÓN  
EN EL PENTECOSTALISMO CHILENO.  
LAS REPRESENTACIONES DEL INFIERNO EN LA  
IGLESIA EVANGÉLICA PENTECOSTAL DE CHILE, 1928-1950

Miguel Ángel Mansilla

Abordamos en este trabajo el concepto del infierno en una minoría religiosa de corte Pentecostal. Para iniciar nos hacemos las siguientes preguntas: ¿Por qué es importante estudiar el concepto de infierno? ¿Qué era lo que la Iglesia pentecostal chilena veía en el infierno en el pasado? ¿Qué funciones sociales, políticas y económicas cumplieron tales creencias? Parafraseando lo que destacó en su momento el mismo Max Weber podemos decir: “el miedo por el infierno, tiene interés especial para nosotros en cuanto trae consigo consecuencias prácticas para la conducta en la vida”.<sup>1</sup> En este sentido, nuestro objetivo en este trabajo es describir y conocer las representaciones que el pentecostalismo chileno tenía sobre el infierno y su vínculo social, político, económico y cultural con la sociedad chilena de la primera mitad del siglo XX. Para abordar nuestro objeto de estudio

<sup>1</sup> Max Weber, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 419.

recurrirémos a la *Revista Fuego de Pentecostés* (1928-1950), que pertenece a la Iglesia Evangélica Pentecostal.<sup>2</sup>

Entre los pentecostales, la creencia en el infierno se vincula inicialmente al miedo en una doble dimensión: 1) el miedo a la muerte no es el miedo a morir ni a cómo morir. Es el terror y el horror a que la existencia posmortuoria fuera igual o peor a la vida que vivían los pentecostales en la sociedad chilena. ¿Qué sería lo peor? Que fuera una experiencia insoslayable, donde no existiera ninguna posibilidad de salida, cambio o transformación. Porque la vida, a pesar de todo, es consustancialmente esperanzadora. Mientras que en relación a la muerte está sólo la promesa diferida del descanso. Pero ¿qué sucedería si la muerte fuera igual o peor que la vida terrena? ¿Cómo sería esta existencia infernal? ¿El infierno tiene alguna similitud con la vida terrenal? ¿Hay posibilidad de escapar de tal destino? ¿Tiene alguna implicación con el modo de vivir en la tierra?

2) El miedo a las pasiones humanas. En el pentecostalismo encontramos un pesimismo absoluto sobre la naturaleza humana (pesimismo metafísico, antropológico y social). En el hombre está la voluntad de hacer el bien pero no su capacidad. El ser humano es un ser ontológicamente irredento el cual, a pesar de su conversión y cambio de vida, siempre está propenso a caer. Esta incapacidad al bien y su irredención se ve deteriorada por una sociedad opresora y explotadora de los más débiles. En ese sentido, el énfasis en el infierno implica enfatizar un miedo que limite, coarte y disuada el descarrío y la indolencia. Pero también, un espacio de justicia en donde ni el poder, ni el prestigio, ni las influencias libran del castigo eterno.

En este trabajo desarrollaremos ocho representaciones encontradas sobre el infierno como espacio posmortuario: remordimiento y culpa; negado y autonegado; un lugar cercano; el eterno retorno del mal; la ubicuidad del mal; el reverso

<sup>2</sup> Las referencias al pentecostalismo en este trabajo remiten principalmente a esta Iglesia chilena.

de la vida terrenal; un lugar de monstruos; y un destino soslayable.<sup>3</sup>

#### REMORDIMIENTO Y CULPA

Para tener los sentimientos de remordimiento y culpa se necesita tener conciencia del tiempo y del espacio: la conciencia y el conocimiento que un ser tiene de sí mismo y de su entorno. La conciencia es el estado cognitivo y sensitivo que permite la interacción, interpretación y asociación con los estímulos externos denominados “realidad”. Los habitantes del infierno tienen memoria y sentimientos de culpa, lo que hace que los castigos sean más torturantes. El infierno es el lugar de la culpa y la inexistencia del olvido.

En la puerta del infierno había un ser muy conocido mío; nos habíamos criado juntos; y al verme, dijo: “sácame de este lugar”, y levantó sus brazos arriba; mas a mí no me fue permitido hablar. Más adentro vi almas lamentarse en forma desesperada; vi una niña como de 9 a 10 años renegando de las entrañas de su madre en tal forma que me es imposible hablar. De un lado las almas sedientas me pedían agua y su continuo clamor era: “mójame la lengua, mójame la lengua”. Vi también a una mujer despedazando un vestido de seda granate; vi y sentí el ruido de la seda al ser despedazada; y decía desesperadamente: “por este vestido estoy en este lugar”. Yo la miré con horror...<sup>4</sup>

En el infierno el hombre es un prisionero y condenado a sus necesidades. Las descripciones infernales muy bien pueden parecerse a miles de fábricas, donde los obreros clamaban

<sup>3</sup> Este trabajo es parte de mi Tesis Doctoral: *Muerte, milenio y secularización. Representaciones de la muerte en el pentecostalismo chileno (1909 al 2009)*, Chile, Universidad de Tarapacá, Universidad Católica del Norte, Arica-San Pedro de Atacama, 2011.

<sup>4</sup> *Revista Fuego de Pentecostés*, (Santiago de Chile), núm. 3, marzo de 1928, p. 4.

por sus derechos laborales básicos, como el descanso dominical, horario laboral universal, descanso para alimentarse y recobrar fuerza, derechos provisionales, etc. En el relato completo, aparecen monstruos híbridos que atormentan a los habitantes de los infiernos; pueden resultar ser los patrones o los capataces. Aquí la persona vive para morir cada día y vivir eternamente muriendo. La persona vive en el infierno la vida que vivió en la tierra, reproduciéndose día tras día por la eternidad y recordándoles por qué están allí. El hecho que aparezca una mujer con vestido granate y diga: “por este vestido estoy en este lugar”, resultaba un instrumento para controlar la vestimenta femenina en las congregaciones pentecostales. En el pasado no se les permitía hacer uso de ningún tipo de bisutería, afeites ni el uso de ropas ajustadas.

En el infierno el tiempo no cambia, es la repetición, por lo tanto éste no cura las heridas. Por el contrario, el tiempo agudiza el dolor.

¡En el infierno! Repetiré sólo unos pocos de esos gritos que oí en esas negras horas de profundo espanto: “viendo, no quise ver; oyendo, no quise oír”; “porque quise estoy aquí”; “Lo escogí, lo escogí...”; “soy esclavo de Satanás por toda la eternidad”... “no quise oír, no quise”; “las obras no pueden salvar”... “me decían que no hay infierno, pero estamos aquí para permanecer para siempre”; “su dádiva la pisoteé”... “Yo pensaba arrepentirme algún día, demasiado tarde”... “Yo desprecié la sangre de Cristo”... “esto es insoportable, pero tendremos que soportarlo para siempre”... “atormentado día y noche estoy”... Así, durante las cuatro largas horas de visión, contemplé y oí el terror y tormento de estas almas sentenciadas. Semejante “lloro y crujir de dientes”, sobrepasa la imaginación más viva. Le pregunto: *¿dónde pasará ud. la eternidad?*<sup>5</sup>

La idea fue crear una *arsonfobia*, para que por el sólo hecho de pensar en esa realidad fueguina los hombres controla-

<sup>5</sup> Revista Fuego de Pentecostés, núm. 89, febrero de 1936, pp. 2-3.

ran sus pasiones. El fuego no es el único castigo en el infierno, además están el remordimiento y la conciencia. El remordimiento es la mirada retrospectiva de la posibilidad sin retorno: es la eternidad de lo imposible. El infierno y la tierra se parecen por la existencia del asesinato. En el infierno se “mata la conciencia” y el “remordimiento mata”, mientras que en la tierra se “mata a la conciencia” y se “mata al remordimiento”. El infierno es el espacio del asesinato y la muerte invisibles.

...fui permitido ver algunos de los muchos terribles horrores del infierno. ¡Oh es un lugar temible!... aquí un océano de fuego con muchas personas en él... ¡Cuán horrible! Hasta donde alcanzaba la vista había fuego y gente... ¡Oh, cuánto sufrimiento y miseria!... pedían “¡agua, agua!” ...A otra que estaba más cerca le dijo “Has escogido tú este lugar”. Pero ella dijo: “No he escogido; los predicadores no nos advirtieron de los terrores del infierno... Si nos advirtieran del infierno no habría venido yo aquí”... Otra alzó fuego en sus manos y llenó su boca; y con un gemido de agonía lo botó con un soplo... clamó, “¡agua!, ¡agua!... es un terrible lugar de miseria y sufrimiento que se llama infierno”.<sup>6</sup>

El infierno enciende la pasión por predicar. Por ello en el infierno también hay predicadores. Este es un énfasis en la responsabilidad por predicar y ganar nuevos conversos. Para los pentecostales, las mejores promesas paradisíacas eran para los predicadores, evangelizadores y ganadores de almas. No obstante, también, los peores castigos infernales eran para aquéllos que no predicaban el evangelio. Predicar era un imperativo que el pentecostalismo cargó sobre cada creyente y sobre cada converso. Cada creyente era y debía ser un predicador. El infierno, como discurso con sus respectivos símbolos, era constantemente predicado en las calles; se hablaba poco del cielo pero mucho del infierno. Así, el miedo y la amenaza eran estrategias para predicar y ganar nuevos adherentes. Para los oyentes los

<sup>6</sup> *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 73, octubre de 1934, p. 4.

símbolos y descripciones infernales eran conocidos, porque eran propios de la religión católica popular. Así que los pentecostales no predicaban nada nuevo, sólo avivaban las fábulas del averno existente en la memoria religiosa, con símbolos similares vividos en esos momentos por los pobres, indígenas y campesinos de la sociedad chilena. El infierno predicado por los pentecostales recrudecía los sufrimientos y los dolores de la tierra, porque para el pobre, el oprimido y el explotado la tierra tiene mucho de infernal. El infierno es una eternidad de lo mismo: nada cambia, nada se transforma, nada revoluciona. Es una eternidad del mal y del dolor. Por ello, a pesar de todo, “en la vida cotidiana el miedo nunca está sólo, lo acompaña casi siempre la esperanza”.<sup>7</sup> Esta consistía en que así como hay infierno hay cielo; por lo tanto, mientras haya vida hay esperanza: la pobreza, la explotación, la opresión y la miseria, serían contrarrestadas con un mañana mejor, ya sea en el cielo o en la tierra. Aunque no se viva para verlo, se cree que los hijos lo vivirán. Por lo tanto, “el miedo, al menos potencialmente, tiene una carga no sólo destructiva, sino también constructiva”.<sup>8</sup> Fue esa esperanza desesperada la que avivó el fuego pentecostal para predicar una desesperada esperanza.

#### NEGADO Y AUTONEGADO

Durante la primera mitad del siglo xx la corriente “modernista” de la teología protestante negaba el infierno. Sólo quedaba la creencia popular del infierno y había que salvarla de sus enemigos. El pentecostalismo procurará, de una u otra manera, salvar la creencia sobre el infierno en las masas populares, las que todavía seguían creyendo. Esto es así por la poca relación con

<sup>7</sup> Roberto Esposito, *Comunitas. Origen y destino de la comunidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 2007, p. 55.

<sup>8</sup> *Idem.*

la escuela (baja escolaridad), única forma de acceder a la influencia modernista.

No quieren creer en el eterno castigo... Lector: no seas engañado. La negación de la eternidad es la mentira de Satanás. La Biblia lo describe como: “la ira que ha de venir”; “el tormento eterno”; “la eterna perdición”; “el gusano nunca muere ni el fuego nunca se apaga”; “el lago ardiendo con fuego y azufre”... ¡escápate por tu vida! ¡Huye de la ira que ha de venir!, ¡ahora o nunca!, ¡*ahora, no más tarde!* Más allá de la muerte no hay purgatorio, no hay arrepentimiento; más allá de la sepultura no hay restauración, no hay esperanza. Ahora es el tiempo aceptable; ahora es el día de Salvación...<sup>9</sup>

Lo que los pentecostales destacan es que el poder del mal está en la negación de su propia existencia: el diablo se niega a sí mismo y niega la existencia de infierno. El mal niega o relativiza el dolor, la miseria, la explotación y la opresión. Así, mientras hay personas que niegan la existencia de este lugar, los poderosos y explotadores niegan la existencia del infierno producido a los oprimidos y explotados, considerado esto como “suerte de cada uno”, “superstición” o un producto de la flojera y la inmoralidad. De igual manera, como los patrones niegan que exploten a sus trabajadores, también el Diablo niega que haya infierno. Por lo tanto, “el miedo permite el conocimiento —o la conciencia— esclarecedor de que el mal existe y hace posible la acción moral reflexiva”.<sup>10</sup>

¿Quién escapará? Muchas personas en nuestros días afirman que Dios es demasiado bueno para echarlas al infierno por la eternidad... Pero el mismo Salvador no nos ha ocultado el terrible fin de aquellos que no creen en él. Hablando del hombre rico, él nos muestra que los tormentos, después de la muerte, son la suerte

<sup>9</sup> *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 83, octubre de 1935, p. 9.

<sup>10</sup> Corey Robins, *El Miedo: historia de una idea política*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009, p. 15.

de aquéllos que desprecian a Dios; él ha dicho que el fuego de la Gehena inextinguible y que el gusano de ellos nunca muere... Y cuando describe el juicio dice: “estos (los malos) irán al tormento eterno; y los justos a la vida eterna”. La misma palabra “eterna” es empleada para los tormentos como para la vida...<sup>11</sup>

Aquí el relator presenta una visión literalista oponiéndose a otras posturas sobre el infierno. Esta visión señala que el infierno es un castigo real de fuego para el alma, por la eternidad. El fuego fue una parte muy importante en la constitución de la identidad pentecostal: por un lado, estaba el miedo al fuego del infierno, y por otro, estaba el deseo del fuego del Espíritu Santo.

El llanto de la niña era espantoso... A ratos daba gritos espeluznantes... “estoy perdida, estoy perdida”...gritaba en terror: “¡Oh, estoy en el infierno! ¡Oíd aquellos ayes y aquellas llamas!” ...la joven permanecía en esta agonía del alma. El pastor le hablaba de la esperanza, pero ella respondía: “no hay esperanza. Ya es tarde... Estoy perdida”, y gritaba y cubría los ojos como para no ver la horrible visión que se presentaba...<sup>12</sup>

Angustia, miedo, agonía, espanto y terror son los sentimientos interpretados ante el terror de la visitante a los espacios infernales: el horror al fuego infernal solo se puede contrarrestar con el usufructo del fuego del Espíritu Santo. ¿Cuál es el mayor temor que manifiestan los pentecostales? No es sólo la exposición al infierno. Este miedo aumenta al quedar al arbitrio de la voluntad del Diablo, representado en distintos símbolos como el patrón, el capataz, el policía, el Estado, etcétera. Parafraseando a Corey Robin,<sup>13</sup> el miedo pentecostal se podría entender como el temor que ellos tenían a que su precario bienestar co-

<sup>11</sup> *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 189, diciembre de 1940, p. 11.

<sup>12</sup> *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 77, febrero de 1935, pp. 4-5.

<sup>13</sup> Corey Robins, *op. cit.*, p. 15.

munitario resultara perjudicado por la arbitrariedad social y política. En la tierra se viven los mismos sentimientos de angustia, miedo, espanto y terror que en el infierno. La diferencia es que en la tierra hay esperanza y en el infierno está la desesperanza. Cuando desaparece la esperanza comienza el infierno.

#### UN LUGAR CERCANO

El infierno tiene algo de la tierra y la tierra tiene algo de infernal. El infierno tiene sus anexos en la tierra para conseguir nuevos habitantes, por ello entre la tierra y el infierno hay una línea delgada que los separa como un puente, una escalera y una puerta. Es más fácil bajar al infierno que subir al cielo. La tierra se parece más al infierno que al cielo, sobre todo para los pobres que son explotados y oprimidos. La relación entre cielo e infierno en la tierra es inversamente proporcional: cuando aumentan las “puertas del cielo” (Iglesias, escuelas, democracias) disminuyen las “puertas del infierno” (bares, prostíbulos, dictaduras, etc.).

Muy pronto la señorita se hincó, y otros siguieron su ejemplo... algunos lloraban mientras él oraba. Cuando se levantó comenzó a cantar. Después de cantar hizo una exhortación. Quince personas se convirtieron al Señor en aquella noche. Aquella posada que por los borrachos, el juego y el baile se había hecho un infierno, llegó a ser casa de oración, verdadera puerta del cielo. Se formó una congregación y un avivamiento se extendió por todos los contornos.<sup>14</sup>

Para los pentecostales una taberna es una ventana al infierno. Sin embargo, aún los lugares de perdición se pueden transformar en espacios redentores y lo infernal en celestial. Allí la grandeza de la vida: la esperanza de la transformación. La existencia de lo posible. Así, la casa-taberna se transforma de “una puerta del

<sup>14</sup> *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 2, febrero de 1928, p. 4.

infierno” a una “puerta del cielo” cuando es casa-templo. Este relato viene a estimular a los distintos pentecostales a prestar o presentar sus casas como lugares de cultos para realizar las reuniones pentecostales. La historia del pentecostalismo chileno parte de las casas de los creyentes; no había templos, y cuando se iba de una ciudad a otra el predicador arrendaba una pieza para vivir y en ella misma realizaba cultos. Los templos de hoy fueron las casas de ayer. El infierno es maleable, no sólo crece, también puede ser disminuido. Es el poder de la vida sobre la muerte, pero no de la vida en sí misma, sino de una vida de acción y esperanza.

Después que dormí, el Diablo vino con rabia... Me agarró por la garganta... me arrastró... me llevó... a un puente que atravesaba un río, y, por el otro lado, todo era tinieblas. Puso un pie en el puente, cuando de repente vino una Persona de Blanco y se puso en el camino, y con autoridad, mandó al Diablo: “suéltala, porque es mía”. Inmediatamente Satanás me entregó y se retiró. Entonces suave, oh, tan suavemente, la persona de Blanco me llevó hacia mi hogar...<sup>15</sup>

El puente funciona como vínculo entre la tierra y el infierno, el pasado y el futuro. El Diablo es el rey del infierno y tiene poder para influir en la tierra. Entre la tierra y el infierno sólo los separa un puente o una puerta. La distancia y la diferenciación entre el infierno y la tierra es algo intersticial. En el infierno se vive como se vivió en la tierra, pero cubiertos con el poder abrazador del fuego. Siguiendo con el relato anterior, entre una casa y un templo pentecostal no había mucha diferencia ni distancia estética, sólo se diferenciaba por la puerta, que en el caso del templo siempre permanecía abierta, durante las 24 horas del día. El templo era concebido como un hospital que nunca debía cerrar sus puertas, esperando a que los enfermos

<sup>15</sup> *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 41, mayo de 1931, p. 7.

lleguen o trayéndolos de la calle. Por lo tanto, el templo pentecostal se constituía en un puente que las personas debían cruzar, lo que no era fácil por todas las discriminaciones y estigmatizaciones existentes hacia los evangélicos. Era más fácil cruzar la puerta de un bar o una taberna que cruzar la puerta del templo pentecostal.

...me pareció como que una gran puerta de hierro se abría violentamente y que yo pasaba por ella... había recorrido alguna distancia cuando me encontré en la ribera de un ancho río... No había permanecido mucho rato en su orilla, cuando percibí que unos remos azotaban el agua... venía una embarcación y, en ella, una persona que bogaba hacia donde yo estaba. Quedé sin habla. El extraño me miró un instante y me dijo que venía en mi busca, agregando que saltara dentro de la embarcación y que remara hasta la otra orilla. Obedecí. No hablamos una palabra. Ansiaba preguntarle quién era él y en dónde me encontraba. Parecía que mi lengua se había adherido a mi paladar; no podía articular palabra. Finalmente llegamos al lado opuesto. Salté del bote y el guía se perdió de mi vista.<sup>16</sup>

Oscuridad, puerta de hierro y río con dos riberas son símbolos que evidencian el determinismo del mal y de la muerte, donde no hay escapatoria porque cualquiera de las dos riberas que se tomen llevan al infierno. El infierno es la inexistencia de la elección. Es el espacio de la eterna oscuridad y ausencia de diálogo. Para evitar cualquier desobediencia dialógica, hay que enmudecer a los pasajeros y así evitar la reflexión.

Calumnia, engendro del infierno, hermana de la noche, compañera de la envidia, aliada del odio, irreconciliable enemiga de la verdad y del amor, tú clavaste a Jesús en la cruz, apedreaste a Esteban, encadenaste a Pablo, perseguiste y sigues persiguiendo

<sup>16</sup> *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 44, febrero de 1935, pp. 9-10.

a la Iglesia de Dios; pero recuerda que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia.<sup>17</sup>

El infierno no es un lugar apartado y hermético de la tierra. El infierno influye en la vida de los vivos para arrastrarlos hacia sus fauces. Se creó que la calumnia contra los pentecostales —o que habita entre los pentecostales— surge del mismo infierno; pero ellos se autoconciben como la Iglesia de Dios. Esto tiene dos sustentos: 1) en primer lugar, la pentecosfobia. Esto es, el rechazo, la discriminación y la estigmatización hacia los evangélicos en Chile, donde peyorativamente se les llamaba como “canutos”. Esta pentecosfobia iba acompañada de violencia física que se manifestaba en las predicaciones callejeras. 2) En segundo lugar, la calumnia es considerada como una de las causas de los constantes cismas pentecostales. En esta primera mitad del siglo XX es donde más se manifiesta este divisionismo que da lugar a rupturas y nuevas denominaciones pentecostales. Ambos fenómenos son interpretados como algo que se gesta en el mismo infierno por Satanás. Por lo tanto, el infierno no está alejado de la vida misma de las Iglesias pentecostales. El infierno posee un poder ubicuo, está en la sociedad pero extiende su fuego consumidor y abrazador al interior de los templos.

#### EL ETERNO RETORNO DEL MAL

El infierno es un espacio donde los acontecimientos, pensamientos, sentimientos y experiencias se repiten infinita e incansablemente. Es el eterno retorno de lo mismo, el eterno retorno del dolor, el sufrimiento, el castigo y la miseria. El cuerpo es destruido para renacer, como ave fénix, para pasar por lo mismo: dolor, sufrimiento y castigo. El infierno es el eterno renacer de la destrucción.

<sup>17</sup> *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 77, febrero de 1931, p. 7.

La angustia de todos fue aumentada por el tormento de los demonios que agolpaban el abismo en multitudes, mientras otras multitudes fueron desplazadas por los demonios-jefes para dar lugar a las almas de los mortales. Eran fieles para cumplir ese cargo y constantemente estaban arrastrando a sus víctimas, que gritaban de temor, y echándolas en medio de ese horror de miseria. La impresión más viva que quedó en ella era que el infierno estaba ensanchándose para dar lugar a las multitudes que caminaban hacia allí. Constantemente, el príncipe de los demonios instaba a sus colaboradores a mayor actividad y les animaba a decir: “La cosecha será grande, la cosecha será grande”. Las almas perdidas estaban procurando ...escaparse para dar voces de alerta a sus amigos de la profunda angustia que les esperaba si rechazan a Dios...<sup>18</sup>

El poder despótico se alimenta de los lamentos y alaridos de los que sufren. Se presentan “imágenes macabras de la muerte”<sup>19</sup> relacionadas al fuego para mantener el control de la comunidad sobre el individuo y disuadirlo para no dejarse embargar por los vicios. Pero si estas representaciones horribles las llevamos a la sociedad, el estar “abajo” no tiene que ver con las condiciones morales, sino con lo económico y social. Cuanto más abajo está el ser humano en la jerarquía social, su vida más se asemeja al infierno: pobreza, miseria, opresión, hambre o violencia. La angustia aumenta con el tormento infligido por los demonios. Ese “sentimiento de horror”<sup>20</sup> frente al infierno es más bien un repudio al infierno de las fábricas, la miseria de las viviendas y la desesperanza frente a la pobreza. Los pobres, y específicamente los pentecostales, no ven salida en este infierno; es un abismo eterno del que ni siquiera la muerte puede liberar. Porque “la muerte es tan problemática como la vida”.<sup>21</sup>

<sup>18</sup> *Revista Chile Pentecostal*, octubre de 1921, p. 4.

<sup>19</sup> Johan Hunzinger, *El otoño de la Edad Media: Estudios sobre la forma de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV. Francia y los Países Bajos*, Madrid, Alianza Editorial, 2003, p. 196.

<sup>20</sup> Ignace Lepp, *Psicoanálisis de la muerte*, Argentina, Editorial Carlos Lohlé, 1967, p. 165.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 59.

Al parecer la muerte libera al individuo, pero deja una nueva problemática para la familia, con los ritos velatorios y funerarios.

#### LA UBICUIDAD DEL MAL

Esta ubicuidad se evidencia en que los guardianes y vigilantes infernales están en todas partes, e incluso controlan y conocen los pensamientos de los vigilados; se alimentan y se fortalecen con el dolor y la tortura que provocan sus custodios. El mal es absoluto y omnipresente. Es un lugar donde Dios no existe; por lo tanto, como señala Dostoievski: “Si Dios no existe, tampoco existe la virtud, porque todo está permitido”.<sup>22</sup> Entonces, si Dios no existe, la moral carece de fundamento, los juicios sobre lo que es bueno o malo, correcto o incorrecto ya no tienen validez y objetividad. El poder del infierno reside en la desesperanza. Tal como rezan las creencias populares: “lo último que se pierde es la esperanza”, “cuando se ha perdido la esperanza se ha perdido todo” o “mientras hay esperanza hay vida”. Por ello, allí donde está la ubicuidad del mal, de la injusticia y la corrupción está el infierno.

¡Oh, los gritos de agonía de las almas en el tormento...! ¡Sin esperanza! ¡Sin Dios! Entonces, ¡oh, colmo de horrores, la ví! Retorciéndose, revolcándose en agonía indecible, grande aflicción y profunda desesperación fue grabada en toda facción de sus desfigurados rostros... Pero eso no es nada en comparación con las espantosas expresiones de condenación que salían de esas gargantas afiebradas, expresiones cargadas de terror, remordimiento y agonía...<sup>23</sup>

Los predicadores, para que sean más eficientes en su trabajo misionero, son llevados a visitar al infierno para que tengan

<sup>22</sup> Fedor Dostoievski, *Los hermanos karamazov*, Barcelona, Plaza, 2003, p. 576.

<sup>23</sup> *Revista Chile Pentecostal*, octubre de 1921, p. 4.

mayor celo en su trabajo. Los predicadores experimentan constantemente el infierno porque viven allí. Pero la vida comunitaria les obnubila la visión, por lo tanto hay que recordarles vez tras vez la existencia del averno. Esa misma suerte les espera a los predicadores si no tienen celo y pasión por predicar.

En relación a las características de la coronación en el cielo, ésta es proporcional a la cantidad de conversos ganados por los predicadores y predicatoras. No obstante, si no era la premiación lo que motivaba la predicación, entonces debía ser el miedo al infierno lo que debía incentivar la prédica pentecostal. Aquellos que tenían la oportunidad de viajar al infierno se tornaban más celosos de la prédica y la búsqueda de conversos. Era el horror al infierno lo que les incentivaba a predicar, más que la coronación final.

En una reunión al aire libre en Londres un hombre entre el auditorio exclamó: “no hay infierno; el infierno está aquí”. El predicador respondió: “Ud. se equivoca por tres razones: Primero, por allí está el río Támesis; no hay río ni agua en el infierno. Segundo, allí al frente en ese salón el Dr. Dixon está predicando el evangelio, en el infierno no hay evangelio. Tercero, yo y otros cristianos estamos aquí. En el infierno no hay cristianos.”<sup>24</sup>

Hay dos cosas que no hay en el infierno: agua y verdad. El agua simboliza las necesidades vitales y la verdad simboliza la libertad de expresión. El infierno es horrendo, porque el ser es despojado de sus elementos esenciales: satisfacción de las necesidades vitales y la libertad de expresión. Algo que se pierde cada cierto tiempo en América Latina; tanto por las diferentes dictaduras militares, las democracias corrompidas y el poder de los patrones sobre el trabajador. Por ello los pentecostales concebían la vida terrena como un infierno, porque ambas dimensiones estaban limitadas. Aunque había espacio para la

<sup>24</sup> *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 55, febrero de 1932, p. 8.

libertad de expresión, la miseria y la pobreza limitaban esa libertad. Sólo viviendo según los principios bíblicos, en comunidad religiosa y dirigida por el Espíritu Santo, esta vida podía ser más llevadera. “El mundo, lugar de agitación absurda, sometido a las potencias malhechoras, parece una fortaleza cerrada, rodeada de muros y de fosos, una cloaca, una prisión tenebrosa, un desierto, un caos, transposición a esta vida de las imágenes del infierno clásico”.<sup>25</sup>

Es esta una concepción pesimista donde el mal siempre vence al bien; la muerte siempre supera a la vida y el infierno al cielo, e incluso las leyes son infernales. Hasta “las leyes de la naturaleza son infernales —nos dice Minois—. El orden del mundo es malo, sobre todo el tiempo, que es una marcha absurda a la muerte, en la que cada instante destruye al anterior”.<sup>26</sup> Así, el mayor bien sería evitar ser lo menos malo posible. Hacer de la tierra, de la sociedad y del barrio lo más alejado al infierno posible.

“Estás en el infierno”, me dijo un demonio con una lanza: “para ti toda esperanza se ha desvanecido”... Cuando atravesaste la montaña hasta aquí, oíste los *ayes* y lamentos de los condenados que pedían agua para refrescar sus abrasadas lenguas. A lo largo de aquel paso hay una puerta que conduce al lago de fuego. Esta será luego condenación... del cual nunca más saldrás y en donde no hay esperanza para los que entren allí...<sup>27</sup>

Aparece aquí una figura masculina empuñando una espada con una mano, pero sin sostener una balanza ni la venda en los ojos, sólo la fuerza. Símbolo del patrón donde su voz era la ley y un lugar donde no hay justicia. Las almas no sólo son vigiladas y tienen guardianes que conocen hasta lo que piensan.

<sup>25</sup> George Minois, *Historia de los infiernos*, México, Paidós, 2005, p. 102.

<sup>26</sup> *Idem*.

<sup>27</sup> *Revista Chile Pentecostal*, mayo de 1924, p. 4; *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 28, junio de 1929, p. 4.

Además, se les quita a las personas su fuerza para huir, en el caso de que lo quieran intentar. En el infierno no hay justicia ni libertad: es una doble primacía de la muerte. Es el terror de la dictadura y el totalitarismo.

#### EL REVERSO DE LA VIDA TERRENAL

El infierno se muestra como una retroproyección de la tierra: los habitantes del averno viven las experiencias que vivieron en la tierra, pero sin la satisfacción. Es un lugar “donde los muertos sienten envidia de los vivos, porque son malos”.<sup>28</sup> Es el espacio de la absoluta necesidad y la muerte absoluta, donde las personas se mueren de sed, dolor y hambre, para volver a vivir y morir eternamente de lo mismo.

...al ángel negro, que estaba a su izquierda, Jesús le dijo que se hiciera cargo de ellas, y una por una bajaron por la escalera angosta... Al bajar ellas por aquellas escaleras angostas, oscuras y en forma de caracol, las piedras negras se convertían en brasas vivas. ¡Oh, cómo gritaban y aullaban aquellas muchachas, pero no podían escapar porque había dos paredes negras, una a cada lado!... En cuanto entraban las muchachas, todas se fueron parando en un semicírculo enfrente de la hornilla y ambos ángeles empezaron a mirar a las muchachas y enseguida tomaron ceniza ardiendo y las ponían en sus caras en lugar de polvo; y luego brasas vivas en los labios y las mejillas para pintarlas. ¡Oh!, cómo chillaban y gritaban aquellas muchachas, pero estaban absolutamente indefensas; no podían hacer ninguna resistencia y una por una tuvo que pasar por este procedimiento... Abajo podían verse las cabezas de hombres flotando en el fuego líquido. El ángel dijo a las muchachas: “vosotras habéis anhelado la admiración de estos hombres. La tendréis por toda la eternidad”... Jesús volvió a mí y me dijo:

<sup>28</sup> Edgar Morin, *El hombre ante la muerte*, Barcelona, Kairós, 2003, p. 165.

“*ahora hija, ¿continuarás tú usando polvo y crema?*”. Le contesté: “*No Señor, nunca, nunca*”.<sup>29</sup>

En cuanto a este texto, la condenación es en contra del cuerpo femenino en el que se reprime el uso de la bisutería, el corte del cabello, las faldas cortas y la exposición de las piernas. Se muestra un fuerte control hacia el cuerpo femenino, pero también una forma para legitimar su exclusión del liderazgo y de la función pastoral. Como destaca Hertz, “la mano izquierda es despreciada y reducida al papel de auxiliar, sin que nada pueda hacer por sí misma, más que asistir, secundar y sujetar”.<sup>30</sup> El lado izquierdo se relaciona con el pasado, lo siniestro, lo reprimido, involución normal e ilegítima; pero también es el lugar donde se arroja a las mujeres, siempre enfatizándose su sujeción y su lugar secundario, “...el lado izquierdo se identifica en la cultura mesopotámica —fundamento cultural del Antiguo Testamento bíblico— con la muerte y el inconsciente. El lado derecho se vincula con la conciencia”.<sup>31</sup> Y no deja de ser evidente que el infierno es más usual y horrendo para las mujeres. Los mismos relatos pentecostales muestran una mayor proporción de mujeres en el infierno que de hombres.

Los otros veinte predicadores estaban allí esperando su sentencia. Jesús miró a cada uno de ellos y luego dijo: “*vosotros habéis engañado a la gente; id allá donde vuestras congregaciones los están esperando*”. Indicó al ángel negro a su izquierda y los predicadores descendieron por aquella escalera angosta, negra y en forma de caracol... las piedras negras se volvían brasas ardientes. Por fin, se abrieron puertas a la derecha y cada ministro entró a su iglesia o congregación... Era como una iglesia, solamente que las paredes eran de fierro calentado al rojo. La congregación estaba allí en sus bancas, y cuando entró el ministro todos a una vez

<sup>29</sup> *Revista Chile Pentecostal*, mayo de 1924, p. 5; *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 28, junio de 1929, p. 4.

<sup>30</sup> Robert Hertz, *La muerte y la mano derecha*, España, Alianza Editorial, 1990, p. 105.

<sup>31</sup> Juan Cirlot, *Diccionario de Símbolos*, España, Siruela, 1969, p. 169.

exclamaron: “Te estábamos esperando; ¿qué es lo que nos vas a predicar ahora?”. El ministro dio un fuerte alarido y dijo: “¡¡¡el Infierno es una realidad!!!... pero en lugar de voces salían agudas lenguas de fuego...”.<sup>32</sup>

La vida sólo adquiere sentido en tanto se vive desde la ritualidad religiosa, sólo así “el aniquilamiento de la muerte no es nada, puesto que ya era todo, puesto que la vida misma es fatuidad, vanas palabras, ruidos de cascabeles”.<sup>33</sup> El rol fundamental de un predicador era vivir y predicar la verdad; es decir, ser consecuente con lo que predicaba, para salvar a otros del infierno. Los predicadores, mientras prediquen, tienen asegurada su salvación. ¿Salvarse de qué? Del horror a la muerte, es decir, “del dolor de los funerales, el terror a la descomposición y la obsesión por la muerte”.<sup>34</sup> Entonces predicar significa “mostrar el espectáculo de la muerte, enseñando a los humanos la pérdida del miedo a la muerte”.<sup>35</sup> Sin embargo, este cuadro muestra a los predicadores desidiosos como aquellos que reciben los peores castigos. El infierno se manifiesta como reflejo de fuego, un duplicado de hierro candente, un templo, réplica donde se predica, se tiene una Biblia, se canta, pero todo bajo el sufrimiento y el dolor. Los predicadores que se van al infierno serán doblemente castigados por su responsabilidad frente a sí mismos y frente a sus congregaciones. El fuego del infierno fue el tizón que estimuló a los predicadores pentecostales a predicar. El temor al infierno hizo crecer y expandirse al pentecostalismo. Hoy los pentecostales creen en el infierno, pero le han perdido el miedo. Se han convertido en lo que temían: en tibios. El infierno ya no inflama su pasión por la predicación.

<sup>32</sup> *Revista Chile Pentecostal*, mayo de 1924, p. 5; *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 28, junio de 1929, p. 4.

<sup>33</sup> Michel Foucault, *La hermenéutica del Sujeto. Curso en el College de France (1981- 1982)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 31.

<sup>34</sup> Edgar Morin, *El hombre ante la muerte*, op. cit., p. 30.

<sup>35</sup> Michel Foucault, *La hermenéutica del Sujeto. Curso en el College de France (1981- 1982)*, op. cit., p. 32.

...las llamas del infierno son una experiencia actual, no en algún porvenir lejano, sino ahora... En la Biblia, Lázaro era el mendigo y el rico se hizo sordo. En la Eternidad el rico era el mendigo y Lázaro por fuerza se hizo sordo. Aquí el rico negó una migaja en la lengua, y allí Lázaro negó una gota de agua en la lengua. El rico veía al mendigo sufriendo y no le alivió. En la eternidad Lázaro veía al rico atormentado y no podía aliviarlo... *No hay escape del Infierno para uno que no se arrepintió antes de morir...*<sup>36</sup>

El infierno es presentado como el espacio de la inversión: donde los ricos serán pobres y los hedonistas sufrirán. A los opresores y explotadores les espera la muerte eterna. Esta execración hacia los ricos ha sido común en el cristianismo donde literalmente se entiende que los ricos para entrar al cielo “tienen que pasar por el ojo de una aguja”, es decir, la imposible posibilidad de que un rico entre al cielo. Esto se debe a que Chile es un país históricamente desigual. Como destacan Garretón y Cumsille, “la desigualdad en Chile no ha variado sustancialmente respecto del pasado ni tampoco variará sustancialmente en el futuro y se expresa en el carácter clasista del país”.<sup>37</sup> Ante este fatalismo, se cree en una justicia divina que le será negada al rico, no por su dinero, sino por su inherente injusticia social; se le condenará al infierno, donde verá el bien que se le entregará a los pobres. Los pentecostales siempre percibieron, al igual que otros sectores de la sociedad chilena, “al Estado y los empresarios como responsables frente a la desigualdad”;<sup>38</sup> pero, además, sumaron a la jerarquía católica como impulsora de la desigualdad social.

El infierno es un lugar de tormento en donde “el gusano nunca muere y el fuego nunca se apaga”... Los condenados entran allí

<sup>36</sup> *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 164, febrero de 1942, pp. 4-5.

<sup>37</sup> Manuel A. Garretón y Guillermo Cumsille, “Las percepciones de la desigualdad en Chile”, en *Proposiciones*, (Santiago de Chile, SUR), vol. 34, 1994, p. 5. Disponible en la red: [www.sitiosur.cl/r.php?id=438](http://www.sitiosur.cl/r.php?id=438).

<sup>38</sup> *Ibid.*

para no salir jamás, luego que han ingresado con el imborrable estigma de sus pecados, cargados de sus vicios... hallan su mayor tormento en no poder satisfacer a sus malévolos deseos que aún existirán en sus vidas no regeneradas... Allí los comerciantes de hombres con el alcoholismo, legisladores que sostienen leyes del tráfico de licores, fabricantes extranjeros, cantineros y destiladeras de licores finos ya no tendrán el placer de negociar para seguir arruinando gente, pues no habrá alambiques y ni una sola gota de agua fresca para aliviar el fuego que nunca se apagará... Los borrachos formando un ejército grande, de degenerados, locos, nerviosos, y embrutecidos, tendrán un gemir lastimero y confuso con sed insaciable de beber, pero ya no habrá copa ni botella en el infierno...<sup>39</sup>

La conciencia del destino actual en el fuego eterno repetido por eternidades se le suma a otras torturas. Las personas serán castigadas con sus deseos y prácticas terrenales, pero con la insatisfacción eterna del ardiente deseo y la profunda insatisfacción que generan los deseos no cumplidos. Según Cruz, “estas creencias sobre el infierno también se encontraban presentes en el Renacimiento”.<sup>40</sup> Los alcohólicos, los taberneros, legisladores corruptos y empresarios son los favoritos para estas escenas horripilantes y mortuorias. De alguna manera estas descripciones mefistofélicas del infierno también eran un recurso eficiente para que el alcohólico converso al pentecostalismo dejara de beber.

Jesús las miró con rostro severo e inmutable, indicó al ángel negro y dijo a las mujeres: “*id y ved a dónde habéis mandado a vuestras hijas*”. El ángel negro le señaló la escalera por donde debían bajar hasta el centro de la tierra... Era un hermoso salón de baile, y había allí de sesenta a ochenta niñas como de siete a doce años de edad que estaban bailando los bailes de última moda... todas las niñas estaban desnudas, y una inmensa víbora envolvía todo el

<sup>39</sup> *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 170, abril de 1943, p. 8.

<sup>40</sup> Francisco Cruz, “Lo grotesco en el jardín de las delicias”, en *Revista Analecta*, (Chile, Universidad de Viña del Mar), año I, núm. 1, 2006, p. 96.

cuerpo de cada una de ellas, y la cabeza se balanceaba del cuello de cada niña... allí sobre una especie de plataforma estaba un dragón, o serpiente monstruo; la cola se extendía por algunos pies sobre el suelo, y el resto del cuerpo estaba enrollado formando la figura de un número ocho, y en medio de esa inmensa figura estaba su cabeza... Él me dijo: “*vuelve y dí a mi pueblo todo esto*”.<sup>41</sup>

Como destaca Pérez, “la lógica de lo monstruoso en el Infierno cumple la función de ordenar lo heterogéneo, desactivar lo que tiene de malvado. La imperfección se manifiesta en el desorden, pues éste es imagen del mal”.<sup>42</sup> No sólo el alcohol era un líquido luciferino en el pentecostalismo de la primera mitad del siglo XX, también lo eran la música y el baile profano. Por ello los centros de baile se asocian a lo teratológico. Al asociar baile con lo monstruoso, “es para considerarlo como engendro del desorden, imagen de la deformidad: enemigo de lo Bello”.<sup>43</sup> La música sacra pentecostal es considerada como divina, santa y bella, algo que no se baila, sino que se danza bajo la dirección del Espíritu Santo. En cambio, siendo el baile y la música secular algo monstruoso, “son consideradas como materializaciones del pecado”.<sup>44</sup>

## UN LUGAR DE MONSTRUOS

Los vigilantes y guardianes del infierno son fiscalizados por híbridos entre animales y humanos que muestran su poder vigilante, castigador y torturador. Esto implica que los habitantes

<sup>41</sup> *Revista Chile Pentecostal*, mayo de 1924, p. 5; *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 18, junio de 1929, p. 4.

<sup>42</sup> Eduardo Pérez, “La lógica de lo monstruoso en el Infierno de Dante”, en *Culturas Populares. Revista Electrónica*, (España, Universidad de Alcalá), julio-diciembre de 2007, p. 4. Disponible en la red: <http://www.culturaspopulares.org/textos5/articulos/perez.pdf>.

<sup>43</sup> *Idem*.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 5.

infernales pierden su connotación de humanos, de animales, y se transforman en monstruos. Es la monstruosidad que muestran los vigilantes y capataces fabriles y patronales en la tierra. Es la misma idea de que los explotadores y opresores pierden su humanidad y se transforman en híbridos al perder toda su sensibilidad por los obreros.

Parecía algo así como un hombre pero mucho más grande que cualquier ser humano que se haya visto jamás; cuando menos mediría unos tres metros de estatura, con grandes alas adheridas a su espalda. Era negro como el carbón que yo sacaba de la mina, y estaba completamente desnudo. Tenía una larga lanza en su mano, la cual debería tener unos cinco metros de longitud. Sus ojos relampagueaban como dos carbones encendidos. Sus dientes blancos como perlas, parecían tener cada uno una pulgada de largo... Su voz se asemejaba más bien al rugido del león que a cualquier cosa... En esta muralla perpendicular pude leer claramente estas palabras: "*este es el Infierno*"... En todo el trayecto oía profundos lamentos, y podía distinguir el grito de ¡agua, agua, agua! Habiendo llegado a otra puerta, pude oír a la distancia, como a medio millón de voces que pedían "¡agua, agua!..."<sup>45</sup>

En el infierno no hay posibilidad de elegir. Aparecen los monstruos híbridos. Un hombre gigante con alas significa que los únicos libres al interior del infierno son los demonios y los monstruos. Poseen una visión profunda, conocen los pensamientos de los hombres y las mujeres que vigilan. Son feroces, poseen garras, huelen como cerdos y tienen voz de mando como un león y además fuerza y poder, representados en sus lanzas. Las almas están prácticamente desnudas al interior; sus voces, pensamientos, recuerdos y planes son conocidos, nada se esconde al conocimiento de los guardianes: todo lo saben y lo conocen. ¿De dónde viene esta imagen, no sólo incandescente sino también, esperpento irónico y trágico del infierno? Es porque hay veces,

<sup>45</sup> *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 77, febrero de 1935, pp. 9-10.

como dice Ricoeur; “que la muerte sería más real que la vida misma, al margen de la prosopopeya del mal absoluto”.<sup>46</sup> La muerte se tornó más real que la vida y más infernal que celeste en las minas salitreras, carboníferas y en las haciendas, donde el poder del patrón era insondable.

...¡oh!, aquí estaba el lago de fuego. Ante mí podía ver, tan lejos como me lo permitían mis ojos, un lago lleno de fuego y azufre. Enormes olas de fuego se arrollaban unas a otras, y grandes llamas de fuego se lanzaban una contra la otra, y saltaban en el aire como las ondas del mar durante una furiosa tormenta. Sobre las crestas de las olas podía ver a muchos seres humanos que se debatían desesperadamente, los que luego eran arrastrados nuevamente hacia las profundidades del lago de fuego... leí estas aterradoras palabras: “*esta es tu condenación; eternidad que nunca se acaba*”... Una sed indescriptible de agua se apoderó de mi ser, y estaba pidiendo agua cuando mis ojos se abrieron en el hospital...<sup>47</sup>

El pentecostalismo es una religión urbana y de los márgenes de la ciudad. Los conversos eran campesinos, indígenas y peones que fueron expulsados u obligados a migrar a la ciudad. Experimentaron lo peor en el campo y vivían lo peor de lo urbano en las ciudades, donde la muerte extendía sus alas para llevarse a todos, especialmente a los niños, los padres y las madres. Era un lugar donde los habitantes, cuando se convertían al pentecostalismo, adquirían conciencia de ser espectros urbanos y “sólo los espectros se acuerdan de la muerte, porque habían sobrevivido a la muerte, pero que aún no sabían hasta cuándo sobrevivirían realmente”.<sup>48</sup> No sólo es imposible vivir al infierno del hambre, la miseria y la explotación, sino que además se torna infranqueable salir sin guía por los caminos sinuosos del averno; porque los caminos al castigo son tortuosos, pero

<sup>46</sup> Paul Ricoeur, *Vivo hasta la muerte. Seguido de fragmentos*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 49.

<sup>47</sup> *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 77, febrero de 1935, pp. 9-10.

<sup>48</sup> Paul Ricoeur, *Vivo hasta la muerte. Seguido de fragmentos, op. cit.*, p. 53.

salir es inextricable. El infierno es el lugar en donde el hambre y la sed quemar: “estoy condenado. ¡Condenado! ¿Por qué? No es porque no hayas predicado el evangelio... sino porque has tomado los aplausos de los hombres en lugar de buscar la honra que viene de arriba: y en verdad has recibido tu galardón...”<sup>49</sup>

En el infierno no hay libertad. Es un miedo a la condenación y persigue fantasmagóricamente a los pentecostales, por ello viven cada día con la posibilidad de su existencia y de la existencia de sus ligaduras, porque aún en el bien mismo no está del todo ausente el mal. Contrariamente a lo que dice Jankelevitch, “el hecho de no poder decir a dónde voy, hace que la vida parezca infinitamente preciosa, que sea milagrosa y profundamente misteriosa”.<sup>50</sup> En el caso de los pentecostales, es más bien el creer en una vida más allá que será esencialmente mejor que esta, lo que le da significado a su vida. De este modo, la muerte le asigna sentido a la vida, paradójicamente el sinsentido da sentido. Es creer que esta vida que ha sido una cárcel de fuego, donde realmente el hambre quema el estómago y hace ceniza los huesos, será transformada en un huerto libre donde los pobres, hambrientos y sin hogar tengan todo lo que no tuvieron en esta mazmorra llamada vida. Pero también debe haber un lugar donde los malos sean confinados eternamente, un lugar de fuego. Como sería injusto que un rico vaya al cielo, es injusto también que un pobre vaya al infierno. Por lo tanto, los predicadores debían desvelarse por redimir a los pobres de ese ígneo lugar. Lo único que puede liberar del infierno es la predicación: predicar a los otros para que sean liberados, y predicar para ser liberados de la responsabilidad frente a los otros. Así, el pentecostalismo cargó sobre sus hombros la responsabilidad de la predicación. Para el pentecostal la vida era un sermón y el mundo un púlpito. Su mayor miedo era que la muerte los sorprendiera sin estar predicando: de alguna manera la “buena muerte” era morir predicando.

<sup>49</sup> *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 67, abril de 1934, p. 3.

<sup>50</sup> Vladimir Jankelevitch, *Pensar la muerte*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 48.

## UN DESTINO SOSLAYABLE

Los pentecostales promueven comunidades de refugio, como la Iglesia y la familia, contra la influencia del infierno. Al interior de cada comunidad existen los redentores responsables de librar a las personas del infierno: son los padres y los predicadores, quienes no sólo cargan sobre sus hombros la responsabilidad de redimir a los condenados, sino, además, a aquéllos que han sido liberados. A todos hay que recordarles constantemente elegir entre el “fuego del Espíritu” en la tierra o el “fuego del infierno” en la eternidad. La responsabilidad de los condenados será exigida a los guardianes institucionales en la eternidad.

...él había estado delante de Dios y él le había ordenado ir al lugar del fuego, pero él le había contestado, “¡Oh, no!, yo quiero ir al cielo”. Dios dijo ¡No! Ud. no puede ir al cielo porque ha hecho mucho mal. Entonces otra vez rogó a Dios y Dios le dijo, “Ud. volverá a la tierra, pero yo le volveré a llamar pronto. Cuando regrese a la tierra tiene que llamar a los predicadores... para que le enseñen lo que tiene que hacer para entrar al cielo...”<sup>51</sup>

Aquí se destaca una segunda oportunidad. Se trataba de una persona nativa que se había convertido al protestantismo, pero no había abandonado la brujería. Así, el relato del infierno como un lugar de fuego eterno se transforma en un recurso para la conversión.

Una joven que había sido cristiana se apartó de Dios y comenzó a andar en compañía con los malos. Su padre y madre no le hablaron... Su profesora en la escuela dominical vio su condición pero tampoco le habló. La niña enfermó y murió sin Dios... La profesora de la escuela dominical tuvo un sueño del día del juicio. María estaba allí y también un ángel que estaba buscando el nombre de ella en un libro. El ángel dijo que no podía hallar su nombre en el

<sup>51</sup> *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 2, febrero de 1928, p. 6.

Libro de la Vida. Con un grito de desesperación María, con su dedo, señaló a su padre, madre, pastor y a su profesora de escuela dominical y fue llevada a las tinieblas de afuera donde hay lloro y crujió de dientes.<sup>52</sup>

La posibilidad de perder la salvación es uno de los fundamentos teológicos del pentecostalismo. Un pentecostal cada día se preguntaba si era salvo. “¿Cómo saber si se era salvo? ¿Cuáles eran las señales de la salvación?” Como para el calvinista era la bendición material,<sup>53</sup> para un pentecostal fue el trabajo espiritual (predicar, orar, leer la Biblia, ayunar y vigilar) y el fruto del trabajo debía convertir a alguien. Un converso ganado para el pentecostalismo era una prueba que evidenciaba el ser salvo. Aunque se haya nacido en un hogar evangélico y se haya asistido a la Iglesia, si la conducta moral no era adecuada, la persona, aunque fuera niño o niña (preadolescente), de todos modos se iba al infierno. Nadie está libre del infierno, ni los mismos pastores.

Se relata una gran demostración en las calles de Nueva York en la que marchaban doce mil personas. A la cabeza de la procesión había tres grandes carros de turismo llenos de gente, hombres, mujeres y niños. En uno había un juez de la Corte de Apelaciones y en otro un muchacho harapiento de la calle. En los costados de los carros estaba esta leyenda: “Todas estas personas han sido salvadas de incendios por los bomberos de Nueva York”. Entonces, siguiendo los carros, marchaban los hombres que los habían salvado, adornados con sus medallas, mientras los cientos de miles de espectadores les aplaudían. Contemplad el gozo eterno que llenará los corazones de aquellos que, siguiendo a su Señor, sin mirar las consecuencias, han pasado su vida “arrebataando a los hombres del fuego”.<sup>54</sup>

<sup>52</sup> *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 1, enero de 1928, p. 7.

<sup>53</sup> Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, Istmo, 1998.

<sup>54</sup> *Revista Fuego de Pentecostés*, núm. 87, diciembre de 1935, p. 7.

Los heraldos y profetas del infierno son vistos como los bomberos de la ciudad que salvan a las personas del fuego. La redención es para pobres y ricos, exiguos e ignotos. Los únicos que aceptan ser salvados del fuego y la muerte eterna, propuesta por los pentecostales, son los pobres; porque durante la mayor parte del siglo XX el pentecostalismo fue una religión de pobres y para pobres. Pero en este derrotero, el fuego fue uno de los elementos más importante para el movimiento pentecostal, más que cualquier otro símbolo: más que el agua, la tierra o el aire (también símbolos espiritualizados).

#### COMENTARIO FINAL

Lo expuesto hasta aquí nos muestra uno de los elementos más importantes de la teología Pentecostal que se desarrolló en Chile durante la primera mitad del siglo XX; específicamente en la Iglesia Evangélica Pentecostal. El énfasis en el infierno que quedó registrado en las fuentes hemerográficas de esta minoría y el papel que este imaginario jugaba en el conjunto de su teología, no debe ser generalizado a todos los pentecostales en el mundo.

Recuperamos aquí sólo una tradición de pensamiento que dio a la idea del infierno un papel muy importante en su cosmovisión cristiana. Visión que ayuda a explicar los énfasis doctrinales que promovieron en el pasado a varias generaciones en esta Iglesia, y que repercutió en estilos de vida y convicciones éticas que los diferenció del resto de la sociedad chilena y de no pocos evangélicos pertenecientes a otras Iglesias del mundo protestante-evangélico de este país Sudamericano.